

SERMONES

VARIOS

PANEGÍRICOS Y MORALES.

DEL AUTOR

El P. Fr. Sebastián Sanchez Sobrino,
lector dos veces jubilado y del número,
doctor en Teología, en el año de mil
setecientos ochenta y tres, morador en el con-
vento de S. Antonio Abad de Granada
de la tercera Orden de penitencia de
N. S. P. S. Francisco.

TOMO II.

Va al fin la oración latín que prome-
tió el autor a la imperial universidad
de Granada en las solennidades
de nuestro difunto monarca el Señor
D. Carlos III. de felice memoria.
Con las respuestas que se hicieron
Madrid: Por D. Juan V. de la Cruz.
1763. En la Imprenta de la Universidad.



SERMON
DEL SANTISIMO,

Y DEL ROSARIO,
predicado en el lugar de Viznar, es-
tando presente el Illmo. Señor
arzobispo de Granada.

Rationabile obsequium vestrum. Ad
Rom. XII. 1.

Un Dios Inconmutable, Eterno, In-
menso, Rey de reyes, Señor de los
que dominan; un Dios Criador, Provi-
sor universal de todo lo criado, Ponti-
fice eterno de los futuros bienes, mas
elevado que los cielos; un Dios huma-
nado y sacrificado por nuestro amor.



que solo se manifiesta á los ojos de nuestra fe: Jesucristo, para decirlo de una vez, Unigénito de Dios, figura de la substancia del Padre, esplendor de su gloria, viva imagen de su Divinidad, luz de la luz, Dios verdadero de verdadero Dios, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de Esencia, y Trinidad de Personas: Jesucristo nuestro Redentor y Salvador, concebido por obra del Espíritu Santo en el vientre virginal de María santísima, que conservó su integridad antes del parto, en el parto y despues del parto: Jesucristo, digo, oculto baxo el augusto Sacramento del altar, donde se contiene real y verdaderamente, su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, y su omnipotencia, con las demás infinitas perfecciones y atributos: Jesucristo y su verdadera Madre María santísima. Hé aqui, Ilmo. Señor, los augustos personajes que hoy se presentan á nuestra

veneracion en este templo por objeto de nuestro culto.

Como hablo á un pueblo cristiano, á quien supongo instruido en los misterios de nuestra religion, y acostumbrado desde su tierna infancia á detramar su corazón en presencia de los altares á honra y gloria de Dios y en obsequio de su santa Madre, no necesito detenerme á defender y vindicar este culto de las blasfemias de los hereges, é impiedad de los libertinos. La fe de la iglesia nos intima la estrecha obligacion que tenemos de adorar á Jesucristo Sacramentado como á nuestro Dios y Redentor, que diariamente se sacrifica por nuestra salud, exerciendo para con el Padre el oficio de Medianero y de Abogado. Igualmente nos asegura de los saludables frutos del santo Rosario, esta excelente devocion con que saludamos é invocamos á María santísima nuestra principal Medianera y Abogada despues de Jesucristo, y en que reno-

vamos la memoria de los misterios de nuestra redencion. Sin detenerme pues por ahora á manifestaros la obligacion de este culto que habeis heredado de la piedad de vuestros padres, me limito á rectificar vuestras ideas; quiero decir, me contento con ponerlos en estado de conocer la substancia de este culto, para que sea razonable, conforme á la expresion de S. Pablo; esto es, digno de Dios y de su santa Madre, y útil á nosotros mismos. Hé aqui, ilustrísimo Señor, el plan de este discurso, que si no es delicado, es digno de esta cátedra, acomodado á la instruccion del pueblo cristiano, y capaz de promover la honra y gloria de Dios, y el honor de su santísima Madre. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la intercesion de su dulce Esposa. *Ave MARIA.*

Rationabile obsequium &c.

Nada mas frecuente en el pueblo cristiano que la solemnidad y aparato magestuoso para celebrar á Jesucristo y á su santa Madre. Pero nada al mismo tiempo mas raro que la correspondencia y conformidad de este culto externo con el interior ó culto del espíritu; y de esta falta de consonancia proviene que sea de ordinario infructuoso el culto dado al Sacramento, é inútil la devocion del santo Rosario. Seguidme sin desmayar mientras descubro la materia.

En efecto, cuando se trata de dar adoracion y culto al augusto Sacramento de nuestros altares y á la soberana Reyna de ángeles y hombres, vemos con edificacion erigirse suntuosos templos, ordenarse solemnes procesiones, quemarse olorosos perfumes,

IO SERMONES

adornar primorosamente las iglesias y las estaciones, y ofrecer á los pies de Jesucristo y de su Madre todo lo mas precioso que ha producido la naturaleza ó inventado el arte. El hombre exterior *de ordinario* hace una gloriosa y generosa ostentacion de ofrecerlo todo á los pies de su Criador, de cuya mano liberal procede. He dicho *de ordinario*, para excluir el modo de pensar de los hereges y libertinos, que miran como idolatría el culto de Jesucristo y de su Madre, y como desperdicio y profusion criminal el culto solemne y magestuoso del templo y de los altares. Verdaderos imitadores de Judas, bajo el pretexto de misericordia miran con indignacion que la Magdalena derrame unguentos preciosos sobre la cabeza y pies del Salvador: censuran, digo, como desperdicio reprehensible el aparato y magestad del culto, destinándolo en idea para alivio de los pobres.

VARIOS. II

Si fuera, señor, de mi instituto vindicar hoy la causa de Dios en esta parte, haria por las santas escrituras una descripción puntual del aparato, magestad y grandeza del templo de Jerusalén: templo cuya estructura, adorno y dimensiones fueron ordenadas por el mismo Dios: templo, repito, figura solo del nuestro, que contiene la realidad de aquellas sombras; esto es, al mismo Dios y Autor del santuario Jesucristo Sacramentado. Ni me seria difícil manifestar la monstruosa inconsecuencia de estos enemigos del culto magestuoso, que lo gradúan de desperdicio criminal, al tiempo mismo que miran como cosa inocente, ó como razon de estado, la profusion de las mesas, del juego y las tertulias, las iluminaciones costosas, los vestidos brillantes, en que resplandece todo el oro de Ofir, todas las piedras de la India, todas las plumas de la Persia, todos los oro-

res de la Arabia, y que solo tienen idea de la economía y del ahorro para la casa de Dios, de cuya mano liberal recibieron los bienes de que abusan.

Mas esta sería una apología inútil en un reyno tan católico, donde desde el cedro hasta el hisopo; quiero decir, desde el monarca hasta el mas ínfimo vasallo trabajan todos por promover la magestad y magnificencia del culto de Jesucristo y de su santa Madre. ¡Qué de solemnidades establecidas en todas las ciudades, villas y lugares de esta vasta monarquía en honor del augusto Sacramento de nuestros altares para desagrarle de los insultos cometidos contra su adorable Magestad por los hereges de Holanda y de Inglaterra á principios de este siglo! ¡Qué de templos, qué de capillas suntuosas en honor de María santísima! ¡Qué de cofradías erigidas para promover el culto del santo

Rosario! ¿Qué pecador, por obstinado que sea, no le trae al cuello, no le reza á veces, no le alaba, y pondera sus excelencias y ventajas?

Pero en medio de este aparato, de esta solemne y magestuosa pompa que se emplea de ordinario en el culto del adorable Sacramento; en medio de esta innumerable multitud de devotos del santo Rosario, ¿hay muchos que adoren al Señor, y den culto á su Madre en espíritu y verdad? ¡Ah señores! Aquí propiamente se verifica el oráculo de Isaías, repetido por Jesucristo contra Israel: este pueblo, dice, me honra con los labios, pero su corazon está lejos de mí. Al ver el zelo y la magnificencia con que se celebran las festividades de Cristo y de su Madre, ¿quién no juzgaria que esta esplendidéz, generosidad y loable profusion empleadas en el culto no fueran siempre efecto de un ardiente deseo

de la honra y gloria de Dios, y de María, y que esta humillacion con que se postran y lo ofrecen todo á los pies de los altares no proviniera de un espíritu de gratitud, de fidelidad, de amor, de compuncion y deseo de la salud eterna?

Asi, Illmo. Señor, deberia suceder para que fuese razonable nuestro culto; útil, digo, á nosotros y agradable á los ojos de Dios; porque esta sola conformidad del culto externo con el interior nos haria adoradores en espíritu y verdad. Pero no es este de ordinario el móvil de nuestras obras de religion y de piedad. Si Dios en el momento que aqui hablo revelara nuestras intenciones y afectos del corazon, como lo hara en el dia del juicio universal, veriamos con admiracion la poca parte que tiene regularmente nuestro espíritu en las obras de culto y de piedad. Reflexionemos algun tanto para disipar las tinieblas del

corazon humano, y rectificar las ideas del culto, para que sea razonable.

¿Qué es lo que vemos, señor, y qué es lo que tocamos por una lamentable experiencia? Aqui se nos presenta una multitud de personas de uno y otro sexó, de todas condiciones y estados, que hacen como solamente profesion de adorar diariamente al Santísimo Sacramento, y de recibirle con frecuencia; pero que con la misma asisten á los espectáculos y concursos mundanos comparables á los Florales y Baccanales del gentilismo; personas que no zelan el buen orden de su casa y familia; que no instruyen á sus familiares y domésticos en los misterios de la religion, en las obligaciones de su estado, en el respeto debido á la iglesia y sus ministros, en la obediencia debida á las leyes divinas y humanas, y en la obligacion de ser útiles á la iglesia y al estado; perso-

nas que mantienen de por vida, ya el divorcio, ya la discordia, ya el pleito injusto, ya el trato sospechoso; personas que, ó no dan el trabajo en conciencia, ó retienen en su poder la sangre de los pobres, defraudándoles ya en sus salarios, ó ya en sus limosnas: personas, para decirlo de una vez, que solo conservan la práctica exterior de cristianos, y una especie de vanidad por comulgar diariamente, y las mas veces sin recibir antes el sacramento de la Penitencia, por la licencia remota que para ello suelen tener de su confesor.

Alli vemos multitud de adoradores que se postran con frecuencia á los pies de Jesucristo Sacramentado, no sé si como otros tantos fariseos llenos de orgullo y de soberbia, cargados y abrumados de vicios delicados y sutiles que los engrien y aturden, mientras Dios los reprueba; adoradores que murmuran sin cesar,

baxo el pretexto de celo, del magistrado, del ministro del santuario, de las personas libres y casadas, hablando en tono de oráculos de la corrupcion del siglo, de la reforma de costumbres, sin haberse jamas propuesto enmendar las suyas. Aqui vemos innumerables gentes que se glorian de esclavos del Santisimo, de cofrades del santo Rosario, que ofrecen con generosa liberalidad sus caudales para el adorno de los templos, para solemnes procesiones, para la magnificencia del culto, sin que podamos decidir, si tenga en esto mas parte la religion y la piedad, ó la vanidad y la costumbre; gentes, que ni se confiesan debidamente en estas grandes solemnidades, ni estan animados del espíritu de humillacion, de amor y de compuncion que requiere el culto.

Alli finalmente vemos innumerables concursos rezando el Rosario de Maria, santisima, del cual son tan

observantes, que forman escrúpulo si no lo rezan algun dia; pero que al mismo tiempo apenas confiesan precisados una vez al año; que ni dexan la mala costumbre del juramento, de la maldicion, de la blasfemia; ni se apartan de la comunicacion torpe, de la amistad escandalosa, del vicio inveterado, ni restituyen la honra que han difamado, ni la hacienda mal adquirida, ni dexan los pleitos injustos, ni las divisiones y discordias, ni jamas se han propuesto un verdadero deseo de conversion, juzgando tal vez en su interior, que á cubierto de algunos actos de piedad y de algunas devociones tibias, sin espíritu y sin fervor, tienen ya asegurados los frutos de la vida eterna.

Hé aqui, Illmo. Señor, un breve rasgo de la disonancia y falta de conformidad del culto interior con el exterior. Inconsecuencia monstruosa, que no solo impide que sea ra-

zónable nuestro obsequio, sino que nos hace muchas veces criminales: porque cuando la iglesia nuestra madre, dirigida por el Espíritu de Dios, ordena en sus templos estas augustas ceremonias, esta variedad de cánticos, de himnos y oraciones, para dar culto á Dios y á sus santos, no pretende solamente el aparato de estas ceremonias externas; quiere ademas que el culto del corazon y del espíritu acompañe á la magnificencia exterior; y en esto consiste, segun las escrituras y el espíritu de la iglesia, la adoracion en espíritu y verdad. Las cosas santas se han de tratar con santidad y pureza; quiero decir, que el adorno y limpieza del templo material han de ser signos del esplendor y la pureza con que deben estar adornados los templos vivos de Dios, que somos nosotros mismos, segun el Apóstol. El pan no se ha de arrojar á los perros, claman las santas escrituras, como ni las

piedras preciosas á los cerdos. Pruébese el hombre á sí mismo, dice san Pablo, y preparado así, coma de esta carne y beba de esta sangre, porque el que come y bebe indignamente, devora el juicio de su condenacion.

□ Sacerdotes de Dios Altísimo, y vosotros los que haceis profesion de virtuosos; el que tenga oídos para oír, oiga. ¿ Juzgais por ventura viven estos huesos áridos, que contentos con la participacion diaria de nuestros sacramentos, y con rezar el santo Rosario, yacen indolentes en el vicio, en la ocasion próxima, en la impiedad, sin estar sinceramente convertidos? Ah! huesos secos, oíd la palabra de Dios. Aborrecido hé vuestras solemnidades, dice por su Profeta, que solo sirven de menospreciar las riquezas de mi bondad, y de atesorar mi ira para el dia de mi furor. El justo justifiquese mas, y el que es santo, santifiquese aún,

porque en mi reino nada entrará manchado. Por mas que exteriormente deis culto á mi sagrado cuerpo y sangre, por mas que invoqueis el patrocinio de mi Madre; si no dexais vuestras sendas impías, si no entráis en las de la justificacion, por la observancia de los mandamientos; por mas que clameis: *Señor, Señor*, no entraréis en mi reino inmortal. Entrad pues, prevaricadores, en vuestro interior, haced frutos dignos de penitencia, porque ni los sensuales, como dice S. Pablo, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los ladrones, ni los nefandos, ni los avarientos, ni los que se embriagan, ni los maldicientes, ni los demas inicuos poseerán el reino de Dios.

□ ¿ Pondero yo, Señor? Nada menos. Son oráculos vuestros, y faltará el cielo y la tierra, sin faltar un ápice de su cumplimiento. Formad pues, os ruego, una idea justa del culto de Dios y de su angusta Ma-

dre. Examinad, digo, el espíritu que os conduce á los pies de los altares. Aquí teneis abiertas y patentes las fuentes de la salud. Jesucristo está sobre el altar en el trono de su misericordia, y nosotros con los ojos de la fe vemos derramar su sangre preciosísima á este Cordero sin mancha, que quita los pecados del mundo: aquí se renueva por nuestra salud el sacrificio del Calvario, precio inestimable de nuestra redencion: aquí se nos da Jesucristo en alimento; y si le recibimos con pureza, se hace una misma cosa con nosotros, y venimos á ser participantes de su divinidad. ¡Qué honor, qué felicidad, cristianos! ¡Qué exceso de liberalidad! Siendo omnipotente no pudo darnos mas; ni supo darnos mas, siendo infinitamente sabio. Pero ¿qué mas que dársenos á sí mismo por vianda, quedándose con nosotros hasta la consumacion de los siglos? Su tronp adorable no

está rodeado de guardias como el de los príncipes de la tierra. Todos podemos hallar pronto acceso y feliz éxito en nuestras súplicas, si á imitacion del Publicano llegamos con espíritu de humillacion, de amor y de temor santo, y si como otros tantos hijos Pródigos reconocemos con dolor y compuncion nuestros yerros. La Madre de misericordia igualmente está pronta á oir nuestros clamores, desea nuestra salud eterna, protege á sus devotos, y los defiende de sus enemigos con tanto amor y fineza, que como dice un padre de la iglesia, no puede ser que perezca un verdadero devoto de María. Mas por verdadero devoto se entiende, segun el espíritu de la iglesia, un hombre sinceramente convertido, que busca su salud eterna, que teme á Dios, y le ama de corazon, que dexa en fin las sendas del pecado, y solicita su justificacion baxo el amparo de tan gran Medianera y Abogada. Baxo

este plan de vida tiene todo su efecto la devoción del santo Rosario. No así rezándolo, como de ordinario sucede, con frialdad y con tibieza, sin atención, sin espíritu de arrepentimiento, cargados de vicios, y sin propósito de salir de ellos. Esto lejos de agrandar á la Virgen, sería agraviarla é insultarla, queriendo buscar baxo su amparo la impunidad de los delitos.

Formaos pues, repito, una idea justa del culto de Dios Sacramentado, y de su Madre santísima. Haced que el culto interior del corazón corresponda perfectamente al aparato exterior con que celebráis sus augustas solemnidades: un espíritu de reverencia, de amor, de compunción, de fidelidad y de dolor penitente, debe ser el móvil de vuestras devociones, y el blanco de nuestros deseos. Lavaos, purificaos, sed perfectos. De esta suerte será razonable vuestro culto, digno de Dios, y útil

á vosotros, y conseguiréis por medio de María santísima gracia y perseverancia final. Amen. DIXE.

DE S. ANTONIO DE PADUA

compuesto para predicarlo en la ciudad de Córdoba.

Qui autem fecerit, et docuerit, magnum vocabitur in regno celorum. Matth. V.

Si yo, ántes y devoto oírte, cuya piedad no es inferior á la de los santos, y cuya sabiduría se ha enseñado de teológicamente con un gran fondo de religión; si yo repito, ¿cuánta hoy que delicias en vuestra presencia el espíritu de un grande de la tierra, mas conocido por su nombre que por sus virtudes; ó si para enseñar la